

### TERCERA PARTE

Y en fin, como no es bastante, antes de comenzar a reconstruir el alojamiento que se habita, con derribarlo y hacer provisión de materiales y arquitectos, o ejercitarse uno mismo en la arquitectura y además de esto haber trazado cuidadosamente el diseño, sino que también hay que haberse provisto de alguna otra habitación, en donde se pueda estar alojado cómodamente durante el tiempo en que se trabajará; así, a fin de no permanecer irresoluto en mis acciones, mientras la razón me obligara a serlo en mis juicios, y no dejar de vivir desde ese momento lo más felizmente que pudiese, hice mía una moral provisional que no consistía sino en tres o cuatro máximas, de la que quiero gustosamente haceros partícipes.

La primera .era obedecer las leyes y las costumbres de mi país, conservando con constancia la religión en la que Dios me ha concedido la gracia de ser instruido<sup>a</sup> desde mi infancia, y rigiéndome en todo lo demás con arreglo a las opiniones más moderadas y más alejadas del exceso que fuesen comúnmente aprobadas en la práctica por los más sensatos de aquellos con quienes tendría que vivir. Pues, comenzando ya a no contar para nada con las mías propias, a causa de que quería someterlas todas a nuevo examen, estaba seguro de no poder hacer nada mejor que seguir las de los más sensatos. Y aun cuando haya tal vez tan sensatos entre los persas o los chinos como entre nosotros, me parecía que lo más útil era acomodarme a aquellos con quienes tendría que vivir; y que, para saber cuáles eran verdaderamente sus opiniones, debía estar atento más bien a lo que practicaban que a lo que decían, no sólo porque dada la corrupción de nuestras costumbres hay pocas personas que deseen decir todo lo que creen, sino también porque muchas lo ignoran ellas mismas; pues el acto del pensamiento por el cual uno cree una cosa, al ser diferente de aquel por el cual uno conoce que se la cree, se halla a menudo el uno sin el otro. Y entre varias opiniones igualmente aprobadas, no escogía sino las más moderadas: tanto porque son siempre las más cómodas para la práctica, y verosímilmente las mejores, ya que todo exceso suele ser malo, como también a fin de desviarme menos del verdadero camino, en caso de que fallase, si, habiendo escogido uno de los extremos, hubiese sido el otro el que debiera seguirse. Y en particular, colocaba entre los excesos todas las promesas<sup>b</sup> por las que se cercena algo de la propia libertad. No es que yo desaprobaba las leyes que, para remediar la inconstancia de los espíritus débiles cuando e tiene algún designio bueno, o incluso para la seguridad del comercio cuando el designio es indiferente, permiten que se hagan votos o contratos que obligan a perseverar, sino que, porque no veía en el mundo ninguna cosa que permaneciera siempre en el mismo estado, y porque, en lo que a mí se refiere en particular, me proponía perfeccionar más y más mis juicios, y no hacerlos peor, hubiera creído cometer una grave falta contra el buen sentido si, al aprobar por entonces alguna cosa, me hubiese obligado a tomarla por buena también después, cuando hubiese cesado de serlo o cuando hubiese cesado de estimarla como tal.

Mi segunda máxima era ser en mis acciones lo más firme y lo más resuelto que pudiese, y no seguir con menos constancia las opiniones más dudosas , una vez que me hubiese determinado, que si hubiesen sido muy seguras. Imitando en esto a los viajeros que, encontrándose extraviados en algún bosque no deben vagar errantes dando vueltas, de un lado para otro, ni aún menos detenerse en un lugar, sino caminar siempre lo más recto que puedan hacia un mismo lado, y no cambiar el rumbo por débiles razones, aún cuando no haya sido tal vez sino sólo el azar el que les haya determinado a escogerlo, pues, de esa manera, si no llegan precisamente a donde desean, al menos acabarán por llegar finalmente a alguna parte, en donde probablemente estarán mejor que en medio de un bosque. Y así, puesto que a menudo las acciones de la vida no admiten ninguna demora es una verdad muy cierta que, cuando no está en nuestro poder discernir las mejores opiniones, debemos seguir las más probables; y también, que aunque no advirtamos más probabilidad en unas que en otras, debemos, sin embargo, decidimos por algunas, y considerarlas después no como dudosas, en cuanto que se refieren a la práctica, sino como muy verdaderas y muy ciertas, porque la razón que nos ha determinado a seguir las se descubre como tal. Y esto tuvo el poder de librarme desde entonces de todos los arrepentimientos y remordimientos que suelen agitar las conciencias de esos espíritus débiles y vacilantes que, sin constancia, se dejan arrastrar a practicar como buenas las cosas que después juzgan malas.

Mi tercera máxima era procurar siempre vencerme a mí mismo antes que a la fortuna, y modificar mis deseos antes que el orden del mundo; y, generalmente, acostumbrarme a creer que no hay nada que esté enteramente en nuestro poder sino nuestros pensamientos, de suerte que después de haber obrado lo mejor que hemos podido, en lo tocante a las cosas exteriores, todo lo que nos falta para conseguir el éxito es para nosotros absolutamente imposible. Y esto por sí solo me parecía bastante para impedirme desear nada en lo porvenir que no pudiese conseguir y, de ese modo, lograr estar satisfecho. Pues no tendiendo naturalmente nuestra voluntad a desear sino las cosas que nuestro entendimiento le representa de alguna manera como posibles, es seguro que, si consideramos todos los bienes que están fuera de nosotros como igualmente alejados de nuestro poder, no tendremos ningún pesar por carecer de los que parecen debidos a nuestro nacimiento, cuando nos veamos privados de ellos sin culpa nuestra como no lo tenemos por no poseer los reinos de la China o de Méjico; y haciendo, como suele decirse, de la necesidad virtud, no sentiremos mayores deseos de estar sanos, estando enfermos, o de estar libres, estando en prisión, de los que ahora sentimos de tener cuerpos de una materia tan poco corruptible como los diamantes o alas para volar como los pájaros. Pero confieso que es necesario un largo ejercicio y una meditación frecuentemente reiterada para acostumbrarse a mirar con este sesgo todas las cosas; y creo que es principalmente en esto en lo que consistía el secreto de aquellos filósofos<sup>c</sup>, que pudieron en otro tiempo sustraerse al imperio de la fortuna y, a pesar de los sufrimientos y la pobreza, rivalizar en felicidad con sus dioses<sup>d</sup>. Pues, ocupándose sin descanso en considerar los límites que les estaban prescritos por la naturaleza, se persuadían tan perfectamente de que nada estaba en su poder sino sus pensamientos, que esto sólo era suficiente para impedirles tener algún afecto hacia otras cosas; y disponían de esos pensamientos tan absolutamente, que tenían en esto alguna razón para considerarse más ricos y más poderosos y más libres y más felices que cualquiera de los otros hombres que, no teniendo esta filosofía, por mucho que les haya favorecido la naturaleza y la fortuna, no disponen jamás, como aquellos, de todo lo que quieren.

En fin, como conclusión de esta moral, se me ocurrió examinar una tras otra las diversas ocupaciones que tienen los hombres en esta vida para procurar escoger la mejor; y sin que quiera decir nada de las de los demás, pensé que no podía hacer nada mejor que continuar en la misma que tenía, es decir, emplear toda mi vida en cultivar mi razón y avanzar, tanto cuanto pudiese, en el conocimiento de la verdad siguiendo el método que me había prescrito. Había experimentado tan extremadas satisfacciones desde que había comenzado a servirme de este método, que no creía que pudieran recibirse más gratas e inocentes en esta vida; y descubriendo todos los días por medio de él algunas verdades que me parecían bastante importantes y habitualmente ignoradas por los otros hombres, la satisfacción que obtenía llenaba de tal manera mi espíritu que todo lo restante no me afectaba. Además, las tres máximas precedentes no estaban fundadas sino sobre el propósito que tenía de continuar instruyéndome; pues habiéndonos dado Dios a cada uno alguna luz para distinguir lo verdadero de lo falso, no hubiese creído que debía contentarme con las opiniones de los demás un solo momento, de no haberme propuesto emplear mi propio juicio para examinarlas cuando fuera el tiempo; y no hubiese podido librarme de todo escrúpulo, al seguirlas, si no hubiese esperado no perder por ello ninguna ocasión de encontrar mejores, caso de que las hubiese. Y por último, no habría sabido limitar mis deseos ni estar contento si no hubiese seguido un camino por el cual, pensando tener segura la adquisición de todos los conocimientos de que fuera capaz, pensase al mismo tiempo adquirir, del mismo modo, todos los verdaderos bienes que estuviesen en mi poder; tanto más cuanto que, no determinándose nuestra voluntad a seguir o evitar cosa alguna, sino porque nuestro entendimiento se la representa como buena o mala, es suficiente juzgar bien para obrar bien, y juzgar lo mejor que se pueda, para obrar también todo lo mejor que se pueda, es decir, para adquirir todas las virtudes y conjuntamente todos los demás bienes que puedan lograrse; y cuando se tiene la seguridad de que eso es así, no se puede por menos de estar contento.

Después de así haberme afirmado en estas máximas, y haberlas puesto aparte con las verdades de la fe<sup>e</sup>, que siempre han sido las primeras en mi creencia, juzgué que de todo el resto de mis opiniones podía libremente comenzar a deshacerme. Y como esperaba conseguirlo mejor conversando con los hombres que quedándome por más tiempo encerrado en la habitación ante la estufa en donde había tenido todos esos pensamientos, aún cuando el invierno no hubiera acabado del todo, proseguí mi viaje. Y en los nueve años siguientes<sup>f</sup> no hice otra cosa sino ir de acá para allá por el mundo, esforzándome por ser más espectador que actor en todas las comedias que se representan en él; y reflexionando de manera particular en cada

materia sobre aquello que podía volverla sospechosa y dar ocasión a equivocarnos, desarraigaba de mi espíritu, durante ese tiempo, todos los errores que habían podido deslizarse con anterioridad. No es que imitara por esto a los escépticos<sup>e</sup>. que dudan por sólo dudar y fingen ser siempre irresolutos: pues, al contrario, todo mi propósito no tendía sino a asegurarme y arrojar a un lado la tierra movediza y la arena para encontrar la roca o la arcilla. Lo que me permitía obtener, a mi parecer, buenos resultados, considerado que, intentando descubrir la falsedad o la incertidumbre de las proposiciones que examinaba, no mediante débiles conjeturas, sino por medio de razonamientos claros y seguros, no encontraba tan dudosas que no extrajese alguna conclusión bastante cierta, aunque sólo fuera la de que no contenía nada de cierto. Y así como al derribar una vieja casa se guardan ordinariamente los materiales para que sirvan en la construcción de una nueva, así también al destruir todas aquellas opiniones mías que juzgaba mal fundadas, realizaba diversas observaciones y adquiría experiencias<sup>h</sup> que me han servido después para establecer otras más ciertas. Y, a más de esto, continuaba ejercitándome en el método que me había prescrito; pues además de que tenía cuidado de conducir generalmente todos mis pensamientos según sus reglas, me reservaba de cuando en cuando algunas horas que empleaba en aplicarlo, particularmente a dificultades matemáticas, o también a algunas otras que podía considerar casi semejantes a las de las matemáticas, desligándolas de todos los principios de las otras ciencias, que no encontraba bastante firmes, como veréis que he hecho en varias cuestiones que están explicadas en este volumen<sup>i</sup>. Y así, sin vivir de otro modo, en apariencia, sino como los que no teniendo otra ocupación sino pasar una vida agradable e inocente, se las ingenian para separar los placeres de los vicios y, para gozar de su ocio sin molestar, usan todas las diversiones que son honestas, yo no dejaba de perseverar en mi propósito y progresar en el conocimiento de la verdad, tal vez más que si no hubiese hecho sino leer libros o frecuentar las gentes de letras.

Sin embargo, esos nueve años transcurrieron antes de que hubiese tomado alguna decisión tocante a las dificultades de que suelen disputar los doctos, y comenzado a buscar los fundamentos de una filosofía más cierta que la vulgar. Y el ejemplo de varios excelentes ingenios que, habiendo tenido antes el propósito, me parecía que no lo habían conseguido, me hacía imaginar tanta dificultad en ello, que tal vez no me hubiese aún atrevido a emprenderlo si no hubiese visto que algunos dejaban ya correr el rumor de que lo había llevado a cabo. Yo no sabría decir sobre qué fundaban esa opinión; y si en algo he contribuido a ella por mis discursos, debe haber sido al confesar lo que ignoraba más ingenuamente de lo que suelen hacerlo los que han estudiado un poco, y tal vez también al hacer ver las razones que tenía para dudar de muchas cosas que los demás estiman ciertas, antes que por jactarme de poseer doctrina alguna. Pero teniendo el corazón bastante orgulloso para no querer que se me tomase por otro distinto del que era, pensé que era necesario que me esforzase, por todos los medios, en hacerme digno de la reputación que se me daba; y hace precisamente ocho años, ese deseo me hizo tomar la decisión de alejarme de todos los lugares en donde podía tener relaciones, y retirarme aquí, a un país<sup>j</sup> en el que la larga duración de la guerra<sup>k</sup> ha hecho establecer tales ordenanzas que los ejércitos que se mantienen no parecen servir sino a hacer que se goce de los frutos de la paz con otro tanto más de seguridad, y en donde, en medio de la multitud de un gran pueblo muy activo, y más cuidadoso de sus propios asuntos que curioso de los ajenos, sin carecer de ninguna de las comodidades que hay en las ciudades más concurridas, he podido vivir tan solitario y retirado como en los desiertos más apartados.

<sup>a</sup> La religión católica. / <sup>b</sup> Promesas o votos religiosos, también los contratos garantizados por las leyes. / <sup>c</sup> Filósofos estoicos.

<sup>d</sup> Alusión a una creencia estoica: "Dios no vence al sabio en felicidad" según Séneca, "Cartas morales a Lucillo", L. VIII, Epístola 73.

<sup>e</sup> Descartes no somete a la crítica de la duda metódica las verdades de fe, probablemente para no enfrentarse con la Iglesia.

<sup>f</sup> Hasta octubre de 1628, fecha en que regresa a Holanda..

<sup>g</sup> Posiblemente, Descartes, alude aquí a los escépticos griegos o a Montaigne (1533-1592)

<sup>h</sup> En óptica y acústica principalmente: observación del arco iris, de la vibración de las cuerdas, y otras.

<sup>i</sup> Se refiere a los ensayos "Dióptrica", "Meteoros" y "Geometría" que se publicaron en el mismo volumen que el Discurso.

<sup>j</sup> Holanda.

<sup>k</sup> Guerra de liberación de los Países Bajos, contra España; que comenzó en 1572 y finalizó en 1648, aunque hubo un periodo de interrupción entre 1609 y 1621